

Nombres Humanos

Aarón Alejandro Romo Arceo



Capítulo 1

Nombres humanos

1

La vivienda a la que mi nuevo amo me llevó era mucho más pequeña que mi antigua casa, donde vivía con Samuel y Amanda, mis dueños anteriores a este nuevo sujeto que decidió adoptarme; un hombre de estatura promedio a la de cualquier hombre humano (era más bajo que Samuel), su cabello era rizado y era fácil darse cuenta de que el peine no era su mejor aliado; de hecho, me atrevería a decir que ningún instrumento que ayude a mejorar la apariencia en los humanos (como una afeitadora, por ejemplo) le sea familiar a este cabrón. La sombra de su barba que le acaricia los extremos de las orejas hace que se vea andrajoso; es panzón, no es ningún obeso, pero su aspecto denota una vida conducida por puros pinches malos hábitos.

(¿Cuántas bolsas de Sabritas se come al día, jefe?), pensé, mientras iba en el asiento trasero de su vehículo, un Tsuru verde al que definitivamente no le caería mal una ligera pasada de pintura; si pudiera le recomendaría a un amigo de Amanda que es una chingonería pintando carros. Ahora que lo pienso, no le caería mal a este sujeto que se comprara otro. Su vehículo es pequeño y huele horrible, como a comida rancia y aromatizante, a menos que sea él quién despidiera ese olor.

No voy a mentir, no recuerdo bien su nombre.

En fin, la casa era pequeña por fuera pero por dentro la vista tenía una opinión distinta, quizá se debiera a la parquedad de muebles; estaba seguro que aquel cambio tan drástico de espacio era causado por eso, y lo sé porque recuerdo a la perfección mi residencia anterior, era una casa de dos pisos que podía dejar en ridículo fácilmente a este lugar, y eso me causa cierta molestia, porque mi nuevo amo dijo que su casa era grande y que había el suficiente espacio para que pudiera correr y jugar sin problema, pero no pareciera ser tal caso ahora que le doy una ojeada al asunto. Claro que, si lo comparamos con el exterior, es un paraíso.

Cuando bajamos del auto, lo primero de lo que me di cuenta fue que este marica ni jardín tenía; había un camino de cemento recto cubierto de tierra negra y plantas alrededor que llevaba a la puerta principal, y pareciera que alguien hubiera vomitado piedras pequeñas a los lados.

Una vez adentro me fije en los muebles que había; un televisor, un sofá ajado color amarillo y una pequeña mesa de madera plegable.

Nada más.

Lancé un pequeño lloriqueo.

Mi nuevo amo me acarició la cabeza.

¿Qué te parece tu nueva casa? - me dijo. Su voz sonaba algo chillona.

(Me siento estafado, realmente).

Cerró la puerta y me dio un recorrido rápido; el baño apestaba a moho, había una habitación vacía a excepción de una cama con sábanas blancas; la cocina también carecía de parafernalia, los platos eran muy pocos, un microondas y un refrigerador con la pintura lacerada y sin imanes característicos (como los de los hijos de Samuel y Amanda) ni con forma de nada.

Justo al otro lado del frigorífico, se podía ver el patio trasero desde un cancel de cristal; únicamente vi polvo y piedras, la misma imagen aburrida de la entrada principal.

Soy un pitbull Johnson, llego casi a los 53 centímetros, mi pelaje es blanco y tengo una mancha negra en el torso; no es por presumir, pero soy atlético y poseo una buena complexión muscular, al correr no me canso con facilidad, de hecho, en el parque, mis hermanos perros me la pelaban corriendo, siempre les ganaba cuando jugábamos a las carreras. Soy amigable, me agrada serlo (excepto con los niños humanos, me cagan). Mi objetivo con esta declaración es que quede claro que sé lo que merezco y sé cuándo me vieron la cara, y no me cabe la menor duda de que me la vieron ahora.

Mi nuevo amo no tiene muchas cosas que ya había dicho que tenía; no solamente aquello de que tenía un buen espacio para que yo me moviera era una verdad a medias, también llegué a escuchar que su hogar era cómodo y que yo podía estar en el patio trasero durmiendo sin problema alguno, y la verdad es que no sé qué entiende mi amo con "cómodo", ¿vivir en una pajarera a la que le faltan muebles como ésta? Creo que este sujeto y yo vamos a discrepar en muchas cosas.

-Te va a gustar este lugar - me dijo -. También te va a gustar la colonia. Lo sé.

Se quedó mirando su patio trasero unos segundos, como queriendo darse ese momento de plenitud que las películas gringas crean filmando praderas y amaneceres hechos por computadora.

Me miró de nuevo y me acarició mi cabeza. Sus manos eran cálidas; debo

reconocer que me agradó el gesto.

-Sé que te llamas "Vicente", pero no me agrada mucho el nombre.

¿No le agrada mi nombre? Mi antigua dueña Amanda me lo puso, y personalmente me gusta. Vicente Fernández se llama Vicente. Es un nombre que le das a una persona, el tipo de nombre con el que realmente puedo identificarme, así me he identificado toda mi vida, ¿por qué hacer que sea diferente?

-Te voy a llamar Juan Carlos – dijo, satisfecho. – Sí, serás mi pequeño Juan Carlos.

Yo también me encontraba satisfecho. Al menos me dio un nombre humano, no como esas mamadas de "Bola de nieve", "Spike", "Firulais", "Sparky".

Juan Carlos. Me agradaba.

Este en realidad no fue mi nuevo hogar prometido, ni mi tierra donde emanaba la leche y la miel, pero algo bueno tendría que sacar de ella (intentarlo, cuando menos). ¿Quién sabe? Podría ser que las cosas cambien. Quizá este sujeto no esté en condiciones como estas por siempre.

Capítulo 2

2

Los primeros tres días no fueron los más fáciles de sobrellevar. Mi nuevo amo (del cual, siendo sincero, aún no recuerdo el nombre, así que sólo me refiero a él como "Amo") no me dejaba salir más que para cagar y para que orine. Lo hace a cada determinada hora y en diferentes lapsos de tiempo; en ocasiones me saca al patio trasero, pero yo en realidad no tengo ganas de aflojar los intestinos, y, por el contrario, hay veces en las que me estoy cagando o mi vejiga quiere vaciarse y yo sigo adentro. Le ladro varias veces y toco con mi pata derecha el cancel que da al patio de atrás; siempre me hace caso, aunque tarda en carburar la idea de que quiero salir para hacer mis necesidades, no ladro sólo por gusto.

La comida que me sirve tiene un sabor un poco extraño, pero es decente y no me ha matado, así que supongo que no está tan mal. Saben bien, digo, a harina o algo así, y no me quejo, sin embargo, sí esperarí­a que las cambiara pronto. Amanda siempre compraba una bolsa gigante de croquetas con un veterinario muy buena onda; eran deliciosas y nos servía bastante a mis hermanos y a mí mientras que, como acompañamiento, Samuel nos preparaba carne molida. Les gustaba que estuviéramos bien nutridos y con energías para cuando la gente viniera a vernos para la adopción.

Otro detalle incómodo ahora es que mi amo no me ha sacado a pasear. Digo, es el tercer día apenas, así que creo que puedo estar precipitándome demasiado, pero es que antes nos sacaban a pasear dos veces por semana, principalmente los domingos, y estamos a jueves, todavía hay tiempo para que salga un rato.

También es un poco molesto estar siempre dentro de la casa. Mi amo me arroja la pelota de una pared a otra, y si bien fue divertido al principio, se vuelve aburrido rápido, incluso él lo piensa; el primer día bien buena onda jugamos como media hora, el segundo como veinte minutos y el tercero con trabajo quiso rodarla por el piso diez minutos.

Pero de lo que sí tengo que quejarme, es de cuando habla por teléfono. Los humanos a veces gritan y se enojan mucho con otros humanos y cuando no hay de otra, deben alzar la voz a través del auricular; lo he visto en varias ocasiones, pero son contadas las veces que pasaban en mi antigua casa. Mi amo habla por teléfono con lo que entiendo yo es un abogado; lo deduzco dado que siempre se refiere a él como "Licenciado" y usan muchas palabras que tiene que ver con leyes como "juicio", "pensión", "custodia", etc. Yo las conozco porque me encantaba la "Ley y

el Orden”.

El día de hoy no fue diferente en nada. Mi amo tomó su celular y marcó a una de las muchas personas a las que les ha llamado en estos tres días. Se quedó en silencio un momento, pero no dejaba de moverse, era ansiedad lo que lo carcomía. El pitido del otro lado de la línea debió parecer una eternidad.

-¿Bueno? – preguntó. Creo que por fin le contestaron - ¡Diana! ¡Llevo un chingo de rato esperándote a que me contestes!

(No seas mamón, no es cierto). Ladré dos veces y dejé colgando mi lengua.

-¡Diana, ya hablé con el abogado y me dice...! ¡No, déjame hablar! ¡Diana, por favor, déjame hablar!

Llevo escuchando el nombre de esa tal Diana desde hace tres noches, y vaya que ya ha comenzado a despertar mi curiosidad. Siempre que este mamón le habla, alza la voz, discuten de una forma horrible. Mi amo incluso ha estado a punto de llorar mientras se gritan; él es quien se desmorona con mayor facilidad, y apostaría lo que fuera a que la mujer con quien discute se mantiene firme en su posición, sin titubear si mi amo se lo merece o no. En lo personal no creo que sea tan malo este hombre.

-¡Diana, por favor! Me están diciendo que tengo el derecho de verlo... ¡Me vale verga lo que a ti te dijeron! ¿Hola? – No dijo nada un rato y sostuvo el teléfono en sus manos. Gritó “¿Hola?” otras cuatro veces y azotó el aparato contra el suelo.

Sus ojos no dejaban de derramar lágrimas. Trastabilló hacia el único mueble que intentaba ser la sala y se sentó, con la cara hundida entre las manos. Sollozaba como un niño. Nunca vi a un adulto humano en este estado. Es decir, está casi acabado, uno podría pensar que va a despedazarse si le tocas el hombro. Sea quien sea esa tal Diana, representa un papel muy importante en la vida de mi amo, de lo contrario no lo tendría de esta forma. Podría ser su esposa; son fieras durante los divorcios, y pueden matarte en todos los sentidos que quieran. La compasión se apoderó de mí, ver a aquel pobre diablo llorando y gimoteando, parecía un niño, un chiquito haciendo berrinche; eso era triste, porque un adulto humano tiene derecho de estar triste y llorar si debe desahogarse, no es malo eso, pero desgraciadamente para mi amo, él luce patético, y de alguna manera logra que su llanto parezca más una rabieta infantil.

-¡Perra estúpida! – Gritó. Su saliva chorreaba de sus labios.

(Denigrar a mi especie tampoco creo que le sea de mucha ayuda, jefe).

Traté de ignorar eso último que dijo y me acerqué a él. Subí mis patas delanteras sobre su rodilla. La expresión de su rostro al ver mi acción me produjo cierta ternura; sonrió y me acarició mi cabeza. Jadeaba y moqueaba, pero ahora estaba contento, con aquella cara de niño regañado al que le ofrecen consuelo.

-Gracias, Juanito – sus palabras salían entrecortadas –. Lo necesitaba.

Me cargó. Me quedé a su lado en el sofá, y él no dejaba de palmear mi lomo. Era cariñoso, al menos, así que en realidad no podía ser tan malo.

¿Qué traía esta Diana en su contra? Todos los gestos de mi amo han sido amables y gentiles, un poco flojos, a veces, aunque creo que eso puedo pasarlo por alto. Si era su esposa, realmente espero que ella fuera una esposa excepcional como para creer que puede tratar así a alguien. Y estoy seguro de que la cosa no termina en simples desacuerdos maritales que incluyen cosas materiales. Mi amo tiene ganas de ver a alguien especial, alguien que está bajo el cuidado de esa mujer. Debe ser un niño, uno humano.

(¿Usted es padre, amo?)

Lo cierto es que supe la respuesta, aunque él no me contestara.

Capítulo 3

3

Al día siguiente, el hombre se fue por unas horas. Me sirvió comida y agua, las mismas croquetas de siempre. Me dejó encerrado en la casa, lo cual me preocupa, porque si quiero cagar u orinar, no voy a poder salir; a mí me educaron para defecar en los exteriores, me produce una ansiedad muy grande el tener que hacer mis necesidades en el interior de una casa, es horrible e incómodo, y no me preocupa como tal que me regañen, pero sí es repugnante estar al lado de mi excremento por tiempo indefinido; apesta, es asqueroso; muchos humanos podrán pensar que no nos importa el olor, pero no es cierto, nos repugna tanto como a ellos mirar su propia mierda.

Le ladré a ese cabrón para ver si podía darle a entender que podía sacarme, que no iba a escaparme (Samuel y Amanda le aclararon que soy un perro entrenado para diversas cosas), pero le valió verga.

Procuré comer poco y sólo tomar lo necesario de agua para que mis intestinos trabajaran lentos, el tiempo suficiente para que puedan reaccionar cuando deban hacerlo.

Otra cosa negativa de la vida es el aburrimiento; es lo peor que un individuo puede padecer; el tiempo de ocio es inútil si no puedes desperdiciarlo en algo, no es tiempo de ocio si no sabes en qué lo malgastas. Ahora tenía la casa para mí solo. Una aburrida, simple, y casi vacía casa de perdedor divorciado.

No podía salir, no tenía segundo piso al cual subir ni nada que valiera la pena. Rebusqué por toda la casa, intentado encontrar algún objeto o actividad para entretenerme, el reloj y sus manecillas me la iban a pelar si lograba que avanzaran más rápido dentro de mi cráneo. Creo que fue Einstein quien llegó a decir que el tiempo era relativo, una ilusión prácticamente, entonces, en teoría, soy un ilusionista ahora. Curiosamente, se me hizo más llevadero todo el rato mientras buscaba qué hacer, aunque nunca lo hubiera encontrado.

Jugué con mi pene un rato. Lo masajeaba de forma suave y cariñosa, no era sino hasta que sentía que llegaba al éxtasis perruno que me ponía violento y lo sacudía como si no hubiera un mañana. Sí, sería más placentero a lo mejor si tuviera un pulgar para apretar delicadamente el pito, pero uno tiene que hacer lo que puede con lo que tiene. Sólo pensé en unas perritas que tenía de vecinas antes de mudarme; para mí desgracia, en esta colonia hay en su mayoría perros malixes callejeros todos dados en la madre, pero creo que es poco de lo que puedo quejarme, porque hay hembras humanas por aquí que poseen cuerpos

increíbles. Descubrí que tenía un fetiche por las mujeres del hombre cuando llegué a ver a Amanda en traje de baño; me excitó, negarlo sería deshonesto, pero una sensación enfermiza me oprimía el pecho cuando la miraba; es decir, esa dama era como mi segunda madre o algo así, y uno no se coge a su madre, Edipo tenía sus ideas y se respetan, supongo, simplemente que Amanda estaba prohibida para estimular a mi lívido y mis perversas fantasías zoófilas.

Mi amo tiene una vecina cuya piel es como la canela, su cabello es lo suficientemente largo como para poder ser digno de una toma en la cual el viento de la playa lo eleve; pensarías en una actriz porno si mirabas mucho tiempo sus senos; no tenía el abdomen plano; de hecho, había un poco de grasa ahí acumulado, pero qué mierda, se veía espectacular, era una mujer con cintura apreciable y unas piernas magníficas. Siempre regaba sus plantas en la tarde, y yo podía apreciarla. Mi amo la mira también, a veces. Me asomé por la ventana para corroborar si estaba por los alrededores. Nada. Ni una pista de ese culo esculpido por los griegos. Me froté el pene varias veces pensando en ella.

Me dieron ganas de orinar pasada la una de la tarde. Intenté aguantar, intenté jugarle al ilusionista una vez más, aunque fue en vano. Esperaba que mi amo regresara para esas horas. Nunca llegó y mi vejiga se negaba a contenerse. Tuve que orinar en la regadera; el baño estaba vacío como el resto de la vivienda; al ser un espacio tan pequeño, el apeste me inundó la nariz. Mientras no tuviera que defecar, las horas restantes se irían como agua en una cascada.

Las manecillas del reloj en la pared marcaban las dos de la tarde. Comencé a tener hambre, y las croquetas que me dejó el amo adquirieron una apariencia apetitosa. Me las comí todas de un sentón, sin importar que ya no estuvieran frescas ni crujientes.

De pronto había más calor de lo normal. Era una suerte que recordara haber dejado abiertas las ventanas de la sala, pero aun así no era suficiente; necesitaba salir, quería que mis pulmones sintieran aire fresco, el cual me ha escaseado desde que vivo aquí.

Sentí temblores en mi panza, y eso me asustó, porque sé qué es lo que significan; dentro de unos minutos tendría que evacuar los intestinos. Me distraje con todo lo que pude, incluso con la pinche pelota, rodándola de un lado a otro. No sirvió de nada, pues me surgieron las ganas de cagar. Intenté recordar que siempre pude contenerme cuando mi nuevo amo se iba, pero olvidé que nunca había decidido tardarse una jodida eternidad y definitivamente no iba a llegar antes de que mi culo cediera; me resistía con toda la fuerza que podía, incluso si defecara en el baño, justo debajo de la regadera, no podría andar tranquilo sabiendo que mis heces están

dentro del mismo espacio que yo.

(¿Dónde estás, hijo de puta?), pensé, ya enojado.

Consciente de que moverme no me servía, simplemente preferí quedarme en un rincón y seguir apretando los esfínteres, y sólo podía pensar en una gama incomparable de insultos hacia a mi nuevo amo, con epítetos racistas incluidos.

¿A quién se le ocurre dejar a un perro encerrado por tanto tiempo? Parece ser que sólo a éste imbécil. Traté de no culparlo, a fin de cuentas, sé que pasa por un momento muy difícil, sin embargo, mi amo pensaba algo muy distinto.

Afuera, escuché un vehículo, me asomé. Mi amo por fin había llegado. Me vio por la ventana y sonrió. No paré de ladrarle, estaba feliz de verlo, pero desgraciadamente caminaba con mucha hueva; sacó unas bolsas de la parte de atrás y luego se dirigió a la casa.

Al abrir la puerta, la cerró inmediatamente; ni siquiera la abrió en su totalidad; como si quisiera asegurarse de que no me escapara. Sólo hay algo peor que la soledad, y eso es el miedo a ella. Salté con cuidado sobre dos patas y me fui corriendo al cancel de cristal. Sus pies se movían lento pero no fue peor espera que la anterior.

Me abrió y defecué; el alivio fue intenso, casi equiparable al orgasmo. Mi propia peste me llegó a la punta de mi nariz, aunque mi amo no había barrido mis demás mierdas de los últimos días, por tanto, ya estaba acostumbrado al olor, así que suponía que esta deposición tendría un olor reducido, pero eso no quería decir que no fuera molesto; este patio necesitaba una buena barrida con todo y una lavada con cloro y detergente. Amanda siempre procuraba barrer cada dos días su patio para que nosotros pudiéramos estar sin problemas. Éramos como cinco cabrones que corrían en un espacio más amplio; sonaba incómodo la idea de barrer la porquería de esos cinco cabrones, pero esa mujer tan hermosa lo hacía. Soy un solo cabrón, sin compañía más que una chingada pelota apestosa por la saliva de mi hocico, no cago demasiado (no es por presumir) y mi nuevo amo no ha sido capaz de barrer el patio una sola vez. Rezo por que llegado el fin de semana tome una escoba y limpie aquí, aunque supongo que va a tener que ir a comprarla, dado que no he visto ninguna en todos los días que he estado en la casa.

Pensé en el asunto de la custodia del posible niño humano que tenía mi amo. Me lo imaginé, sólo por el placer de hacerlo; gordito, con los cabellos rizados de su padre y el color de ojos de la madre; la criatura tendría a lo mejor pequitas en las mejillas y se sonrojaría con facilidad al exponerse al sol; estaría vestido con alguna playera del Hombre Araña o del Capitán América, tal vez de Iron Man. La imagen en mi cabeza me causó ternura,

la sentí aun teniendo en cuenta que las crías del hombre me causan nula gracia. Pensar en el cuidado que le daría mi amo a ese niño me producía un poco de ansiedad; lo cierto es que dudo que sepa lo que está haciendo conmigo; sé que dije que le daría un poco de tiempo para que verlo convertido en un buen dueño, pero esa esperanza comienza a decaer. Lo veo y no es fácil pensar que sería un padre ejemplar. Esta mujer, Diana, la hembra humana con la que se pelea por teléfono, quizá no sea la mala aquí. Podría ser la heroína, aunque sólo estoy especulando.

Sea como sea, le daré un poco más de tiempo para que mi amo cambie su actitud.

(No me decepcione, jefe. No me decepcione).

Capítulo 4

4

Llegó el día; alguien ahí arriba tuvo que permitirlo. Dudé, dudé que pasaría, pero finalmente el momento llegó y sin que yo tuviera que insistir.

Diana vino a la casa de mi amo.

Capítulo 5

5

Desde aquella larga jornada, cuando este cabrón tardó poca más de un milenio en llegar, pasaron dos días; dos días en los cuales yo continuaba sin ver una vuelta de hoja significativa en el sujeto que me adoptó. Misma comida, agua a temperatura ambiente, nunca me saca al patio trasero a menos que casi le ruegue, y, por cierto, ese jodido patio sigue siendo un bosque de mierda; no se ha dignado a sacarme a pasear, ya no ha querido jugar a la pelota, sigue yéndose por horas (no tantas como la última vez), y la comida, si ve que no me la acabe y queda bastante, la deja ahí, ni me sirve más ni me sirve una porción distinta, lo cual me molesta porque en verdad estoy harto de estas galletas tan desabridas (sé que solamente han pasado dos días pero en verdad quiero otras de mejor calidad). Como poco para ver si capta que ya no me saben tan bien, desgraciadamente, si quiero que me ponga una ración fresca tengo que acabarme lo que me sirva en la mañana. Mi agua se ensucia con facilidad, se llena de polvo y se pone babosa, adquiere un sabor extraño que no me agrada para nada, como si tomara agua con hierro; me la tomo lento para que dure todo el día y no tener tantas ganas de ir al baño, pero si quiero que no tenga ese sabor me la debo de tomar rápido, dado que si no la toco para nada, no me la cambia.

Cuando finalmente llegó aquella mujer tan odiosa, según el amo, este último llevaba unos zapatos de piel nuevos y brillantes y una camisa blanca sin una sola morusa de polvo, ni ninguna pelusa invadiendo terreno ajeno.

Yo estaba mordisqueando la pelota y mi amo huevón estaba en internet, entonces, escuchamos un vehículo estacionándose afuera. Me asomé rápidamente por la ventana y vi un Versa negro último modelo, el sol lo bañaba con sus rayos y los cristales se veían limpios. La puerta del conductor se abrió, una persona comenzó a acercarse a la casa. La vi y me enamoré. Era una mujer alta, de cabello largo y negro, con rasgos filosos que adornaban un rostro que poseía una simetría inigualable; era de complexión delgada, pero uno podía apreciar unas caderas hipnóticas cubiertas por uno de esos maravillosos pantalones deportivos que se ajustan con la intención de que pareciera que no existen; sus senos parecían creados por el mismísimo Leonardo Da Vinci, grandes y firmes, sólo tapados por una blusa sin mangas morada y que se corta a la mitad de la altura del ombligo. Llamarla "perfecta" sería insultarla al quedarse tan corto, pero eso sólo sería porque todavía no existe palabra con la que se pueda calificar a esa mujer. Comencé a tener una erección; siendo un perro mi necesidad de pudor era escasa, así que no tuve razón para ocultarlo. No tardé en darme cuenta de que esa mujer no venía contenta; ese rostro estaba manchado por una expresión de molestia, y ni siquiera

se molestaba en disimularla. Las mujeres nunca lo hacen, nunca disimulan, sólo callan, pero esta hembra no iba a quedarse callada, esas facciones endurecidas en la cara parecían gritar.

-Diana – dijo mi amo, sonriendo, lo cual me pareció extraño teniendo en cuenta la manera en la cual le habla por teléfono. Sin embargo, sonreía al verla. O todavía la ama y tiene la esperanza de que ella vuelva aceptarlo o es puto y sólo se envalentona si no la tiene cara a cara.

- ¿Qué carajo te pasa, hijueputa? – gritó ella. Esa frase me agarró por sorpresa. Me alejé un poco, capaz que comenzaba a aventar vergazos – ¡Dile a tu puto abogado que deje de molestarme! ¡Me llama día y noche para cagarme el palo pidiéndome y pidiéndome los papeles de custodia cuando ya le había aclarado que ese asunto ya estaba resuelto! ¡Y a ti también ya te lo había dicho, pendejo!

(¡Por Dios, qué intenso!)

Mi amo mantuvo la boca abierta un rato; se quedó sin habla, no tenía ni puta idea de qué decir. Me pregunto si realmente mantuvo la ilusión de que Diana hubiera ido en son de paz cuando la vio bajar del automóvil. El labio inferior del sujeto le temblaba. El terror le estaba invadiendo las venas y apostaría cualquier cosa a que en cuestión de minutos se echaría a llorar frente a ella.

-Diana – dijo él, lenta y cuidadosamente – Es mi hijo, yo también tengo derecho de verlo.

La mujer torció el rostro, intentando contener más insultos. Cerró los ojos con tal fuerza que pareciera que acaba de morder un limón. Se masajeó las sienes. El coraje todavía quería correr, la olla todavía era capaz de bullir, pero se estaba conteniendo. Diana en verdad trataba de contener la cadena con la cual sometía a su tigre interno. El silencio absoluto nos hizo compañía un rato, no habrá pasado más de un minuto desde que mi amo habló, pero aquella sensación de eternidad que emerge en una quietud prolongada no se hizo esperar.

Diana habló. Sus pupilas estaban dilatadas.

-Alberto – (Así te llamas entonces, cabroncito) – Basta. Por favor, basta – La voz de ella estaba más calmada, y ahora era cuando podías apreciar lo hermosa que sonaba al expresarse verbalmente –. Lamento mi tono. Lo lamento de verdad, pero es que ya estoy cansada en serio. El asunto de Juan Carlos ya había quedado resuelto. La custodia es mía y no puedes verlo, al menos no sin mi permiso.

Juan Carlos. El cachorro humano se llama Juan Carlos.

No jodas.

-Tu jamás me permitirás verlo, ¿crees que no lo sé? Te he estado pidiendo como loco que me permitas verlo...

- ¡No es cierto! – interrumpió ella bruscamente, pero ya no quería gritar, así que solamente intentó sonar severa – ¡Me gritas! – Levantó el dedo índice, con el cual apuntó a “Alberto” y lo dejó suspendido en su cara – ¡Me gritas y me insultas!

-Te insulto porque te pones difícil. No me dejas terminar de hablar nunca...

-Yo siempre te contesto de buena manera, ¡siempre! ¡Y siempre he estado dispuesta a escucharte, aunque ganas de mandarte a la chingada no me faltan! ¡Te digo las cosas miles de veces y eres un necio! Ese cabrón de tu disque abogado sigue jodiéndome y los demando a los dos.

Después de un rato, pareció percatarse de mi presencia, aunque no disimuló el hecho de que no le agradaba. No por mí, sino por Alberto.

-¿Compraste un perro? – dijo en tono de reproche – No puedes ni mantenerte tú como es debido y compraste un jodido animal.

(Sí, insúltame)

-Ese es asunto mío. Extraño la compañía de alguien, ¿ok? – finalmente, lo que todos sabíamos que pasaría: le escurrieron las lágrimas – La verdad te extraño. Los extraño mucho a los dos.

Diana desvió la vista hacia ningún lado en específico, simplemente quería dejar de ver aquella lastimera cara.

-Pues esperemos que a este sí lo cuides.

Alberto pareció tomarlo con un ataque muy personal, porque comenzó a jadear como niño, pero le doy el mérito de que lo estaba controlando bastante bien. Una vez más, quiso hilar las palabras para defenderse, pero sus lloriqueos le impedían hacerlo; quizá se debiera más al hecho de que sabía que no tenía manera de responder.

-Yo no soy un mal padre, Diana.

-No me voy a poner a discutir eso.

-Adoro a este perro – declaró señalándome. – Me estoy asegurando de darle lo mejor que puedo.

Le ladré dos veces. El sujeto estaba mintiendo. La verdad era que lo intentaba a duras penas. Si la señorita Diana viera el patio trasero, vomitaría. No se ha dignado a barrer, no quiero imaginarme cómo tratará a ese cachorro humano, Juan Carlos.

La mujer frunció las cejas y miró directamente a mi amo. Prefirió no decir nada por un momento.

- ¿Tú mamá lo sabe? - preguntó Diana, secamente.

Alberto pareció quedarse mudo. La boca se le congeló. Balbuceó un poco.

-P-P-Pero... qué... cómo...

- ¿Tú mamá lo sabe? - volvió a preguntar de forma tajante.

Alberto tragó saliva.

-No – dijo, despacio –. No se lo he dicho.

-Por supuesto que no se lo has dicho. No tienes remedio, Alberto.

Los vi a los dos, ahí de pie. Esa ira y ese rencor... no recuerdo ni un solo instante de mi vida en el cual los humanos emanaran niveles tan altos como aquellos. Diana no estaba siendo del todo sincera respecto a sus sentimientos hacia Alberto. Había mucho detrás de aquella escena. Quería gritarle todo tipo de insultos, quería romperle la cara. Dios, quizá si no fuera de día y no hubiera tanta gente, Alberto ya tendría el cráneo dividido en fragmentos de hueso. La clase de problemas que habían tenido iban más allá de que él sólo fuera flojo o malo en la cama.

-Aléjate del niño. Y dejen de fastidiar.

Ella dio media vuelta y se fue.

Alberto cerró la puerta.

- ¡Chingada puta pendeja! – gritó, clavando su rostro entre sus manos. La furia le haría explotar el pecho uno de estos días.

Al menos ya confirmé aquel punto que me tenía en duda; sólo se hacía el duro cuando no encaraba a nadie. Ahora estaba apretando los dientes. No pudo contenerse y golpeó la pared.

(Cálmate, chingado).

El enojo que emanaba de él iba en serio; sus lágrimas se convertirían en vapor si no se calmaba.

Yo me quedé en un rincón, viéndolo. ¿Qué más podía hacer? Quizá consolarlo con simples ladridos y caricias fuera inútil. Lo mejor era dejar que se desahogara en llanto como ya estaba acostumbrado a hacerlo.

Caminé lento hasta mi plato de comida. Sabía que no tenía croquetas en ese momento, pero era mejor ver el fondo del traste a mirarlo a él.

Capítulo 6

6

Al día siguiente las cosas no fueron mejores para nada. Pareciera ser una muy mala jugada del destino, quien de seguro necesitaba reírse un rato, así que planeó el round 2 para el querido Alberto.

Su madre y su hermana fueron de visita.

Capítulo 7

7

La genética es algo muy extraño a veces. Me es difícil comprenderla; admiro mucho a las personas que han sido capaces de hacerlo. Es sólo que... a veces pareciera ser una hija de puta con algunas personas. Si Dios existe no sabe repartir barajas de la forma apropiada.

Al pensar en la madre de un adulto, sólo puedo poner a una viejita con su vestido de mestiza, piel morena, mechones plateados por toda la cabeza, arrugas y encogida, pero eso es debido a lo mejor a que no tengo experiencia con ancianos reales. Los padres de Samuel fallecieron cuando él era niño; la madre de Amanda murió de cáncer cuando ella tenía 19 años y nunca conoció a su papá. La gente anciana en mi vida no ha jugado un papel importante en realidad, por ello, debo basarme en estereotipos y personas mayores que miro pasar por la calle. Ahora que veo a la familia de Alberto no parecieran cumplir los estándares.

La madre de Alberto es una mujer ya un poco entrada en años. Las cifras no deben de estar lejos de los 60. Aunque podría creer que es unos años más joven y posee una figura envidiable para una mujer mayor. No es muy alta. Tiene caderas un poco ensanchadas, aunque todavía conserva curvas muy decentes; sin duda alguna una mujer exuberante y deseada por los hombres en sus mejores días. Su cabello era gris, corto. Su piel era clara, las minúsculas arrugas dibujadas en su piel no estropeaban un cutis tan bello.

A lado de la mujer mayor estaba la hermana de mi amo. Era un poco más alta que su madre; su piel compartía el mismo color: claro, brillante, hermoso; ese cutis tan liso era mágico. La cabellera era rizada, negra, como la de Alberto, sólo que poseía varios centímetros demás. Poseía caderas pronunciadas, las cuales me impulsan inevitablemente a imaginarme cómo luciría su trasero. Me figuro unos glúteos firmes, formados con el ejercicio, gracias a clases de patinaje o natación.

Ante mi estaban dos seres celestiales, y cuando sumas a Alberto a la ecuación, te das cuenta de que algo no cuadra. Como si la tabla del cinco de pronto tuviera un seis entre sus filas.

Genética hija de puta.

Cuando llegaron a la casa, ya eran las cinco de la tarde. Llegaron en un Stratus último modelo rojo, tendría poco tiempo de haber salido de la agencia. Su entrada tenía la misma presentación que la de Diana.

Alberto no lucía contento al escuchar sus voces del otro lado de la puerta.

- ¡Alberto! – gritó una de ellas.

Él se quedó pasmado, no supo qué hacer ni cómo reaccionar. Resultaba casi cómico mirarlo, analizando todos los alrededores de la sala como si de pronto pudiera aparecer un portal mágico que lo llevara a otra parte.

Golpearon a la puerta, fuerte. Sea lo que sea que este mamón hubiera hecho, era grave.

- ¡No te hagas pendejo! ¡Abre la puerta!

Dado que no encontró el portal mágico, se colocó su lastimera máscara de estupidez una vez más frente a esas dos mujeres hermosas.

Abrió a puerta, despacio. Fue entonces que pude contemplarlas a las dos.

-¿Qué pedo? – dijo él con el ceño fruncido.

Las mujeres no estaban furiosas, pero su postura denotaba reproche.

-¿Cómo que qué pedo, cabrón? – dijo la mujer mayor – Diana me habló. Me dijo que estás chingue y jode chingue y jode con lo de Juan Carlos. Ya se te dijo que no lo vas a ver, ya estaba resuelto eso, así que deja de mamar el palo.

(Las groserías no siempre son necesarias, mi estimada señora).

-¡Es mi hijo! – gritó Alberto, como si de pronto hubiera conseguido huevos

- ¡Es mi hijo! ¡No pueden quitármelo!

-¡Claro que podemos! – dijo su hermana – Eres el peor padre que existe. ¡Nunca te preocupaste por el niño y ahora resulta que de la nada mueres por él! – Esto último lo expresó forma teatral, exagerada y caricaturesca. Movía los brazos como si estuviera haciendo a un lado una cortina.

-¡Soy un buen padre! – sentenció Alberto, como si fuera un axioma - ¡Soy un buen padre!

Su madre y su hermana compartieron miradas un momento. Ya se esperaban que comenzaría a estar de necio. Las rabietas eran su marca. Debían de estar acostumbradas a ellas, y por supuesto ya debían saber cómo considerarlas.

-Podrás pensar lo que quieras, pero la verdad es otra. Niégala cuanto se

te antoje, no va a cambiar nada.

-Además – continuó su madre –, vinimos por otra cosa. Te suena el nombre de Rubén Pérez Garrido, ¿supongo?

Alberto se quedó callado. Su boca estaba abierta pero no se decidía si terminar de hablar o sólo cerrarla. Tenía que comenzar a rendir cuentas de alguna de sus pendejadas y lo sabía. Tragó saliva y desvió la mirada un momento; prefirió mantenerse perdido un rato. Las dos mujeres frente a nosotros esperaban su respuesta. Era una pregunta con trampa; los cuatro lo sabíamos.

-Sabes perfectamente de quién te hablo, Alberto. – Dijo su madre con los ojos entrecerrados, su tono de voz era bajo, un murmullo casi – No te hagas pendejo, porque sabes muy bien de quién te hablo.

Me quedé intrigado. Era una telenovela de gran calidad, podría escribirla algún día.

-Necesitaba el dinero, mamá. – dijo por fin mi amo.

-Yo te deposito dinero suficiente para que subsistas, huevón. ¿Ya fuiste a buscar empleo? ¿Ya agendaste alguna entrevista de trabajo? Acuérdate que te dije que te iba a rentar la casa sólo hasta que consiguieras trabajo.

Lo cierto era que no me resultaba sorprendente, mucho menos a estas alturas. Ni siquiera la pinche casa es suya.

-Ya agendé varias, mamá. Hoy mismo voy a una.

Su madre lo miró fijamente, con una expresión divertida a la vez que confusa. Quería señalarle que no le creía.

-¿Hoy? ¿A qué hora?

-¡A las cinco! – gritó él, tajante. Al pendejo se le olvidó que ya pasaban de las cuatro y media de la tarde.

-Pues qué bueno, supongo – soltó su madre –. Espero que lo consigas – sus mejillas sostuvieron una sonrisa burlona –. Mientras más rápido te contraten, más rápido le pagas a tu amigo Rubén – hizo una pausa, colocándose las manos en la cintura –. Y por supuesto, más rápido dejo de mandarte dinero. Digo, dos años desempleado y divorciado, son un golpe duro, hijo, eso lo admito. Pero en algún momento debes levantarte. Sobre todo si te da vergüenza que tu madre te mantenga a los 34 años; es

decir, a la gente normal le da vergüenza.

Alberto se quedó callado. Ya veía venir esa falta de reacción verdadera. Fugazmente proyecté una película imaginaria de todas las pendejadas que Alberto hubiera podido hacer antes de que nuestros destinos se cruzaran. Chocar el carro de su madre, emborracharse en una fiesta y despertar con pitos dibujados en la cara, embarazarse a una vieja, declararse puto, robarle dinero a su hermana, ¿cuántas cosas no has hecho, Albertito?

(Quizá ver cómo te maltratan por ser un estúpido es mi único consuelo por tener que soportar tus croquetas pedorras y la colección de trozos de mierda que tienes ahí en el jardín trasero).

-Conseguiré trabajo, mamá, te lo prometo. – dijo finalmente.

-Más te vale, Alberto. Más te vale.

Al igual que Diana, la mujer mayor tardó en brindarme importancia. La hermana de Alberto llevaba rato mirándome.

-Compraste un perro – dijo su mamá en tono neutral.

Alberto torció la cara. Pareciera que nadie era capaz de alegrarse por el hecho de que tenía un nuevo compañero.

Su hermana entró a la casa y se agachó para acariciarme. No me resistí de ninguna forma; acerqué mi cabeza a sus manos.

-¿Cómo estás, hermoso? – preguntó haciendo pucheros con los labios. Su voz ahora me parecía suave y serena. Era un tono maternal.

La presión de su mano con mi cabeza me produjo una calidez ligera. Alberto no veía la escena con ninguna clase de aprobación, y quién podría culparlo. Le demuestro más amor y cariño a una mujer extraña que apenas conocí el día de hoy que a mi propio dueño, pero ahora quisiera saber, ¿alguien podría culparme a mí?

Capítulo 8

8

La crueldad es algo esencial en la comedia. El dolor ajeno es un delicioso placebo, agridulce, o un poco salado quizá. El sadismo lo imprime la naturaleza en todos los seres vivos, la única diferencia con los humanos es que a ellos se les ocurrió el nombre. Ver a alguien herido de cualquier manera puede resultar hilarante, los mejores chistes incluyen rasgar la capa de sensibilidad de alguien, y ahora mismo pienso en Alberto como un verdadero chiste, y no tengo duda de que me estaría riendo si yo no fuera parte del monólogo.

Tengo un rompecabezas en frente, y las piezas a unir son bastante claras. Círculos de plástico sobresalientes de los bordes que embonan a la perfección con circunferencias vacías. Aquí tengo a Alberto, un idiota que lleva el concepto de "fracasado" a niveles que la psiquiatría no hubiera visto venir jamás y con un complejo de eunuco que podría tratar de describir como un parásito. Las bolas de Alberto deben seguir ahí, aunque equivaldrían a pelotas de hule. Tengo a tres mujeres a las que fornicaría de tener un pene humano, y las tres son parte de la vida de mi querido eunuco. Tres mujeres de carácter fuerte, salvajes, agresivas, que tienen que lidiar con el hedor a palurdo que Alberto emana. Sin dinero, irresponsable, irrespetuoso, extraña a su hijo, llevo el nombre del pequeño. Todos saben que debo de estar pasándola mal. Me miran, y el destino que divisan para mí es feo.

Casi odiaba a Javier y Amanda por no haberse asegurado de la clase de persona a la cual me estaban confiando. El disfraz de palurdo triste engañaba muy fácil, Alberto lo sabía, y logró convencer a mis dueños anteriores de que su amor sería justo lo que yo necesitaba, y claro, lo que él necesitaba. Qué clase de telenovela les habrá escenificado para que no titubearan.

Sea como sea, cualquier rastro de apreciación o pena que pudiera sentir por él ahora era humo disipándose en el viento. He visto pedazos de hielo evaporarse en una plancha ardiendo bajo el flujo rojo del fuego, sale vapor y la ilusión de ver los cubos de hielo extinguirse tiene lugar, y ahora, pienso en sus putas croquetas secas, en su colección de mierda del patio trasero, en el apeste que no me quema la nariz únicamente porque mi olfato ya se acostumbró, en la forma en la cual menosprecia a mujeres tan hermosas como las que el destino le permitió que formaran parte de su vida, en lo desconsiderado que es, y en su necedad de negarse a ver que no está capacitado para tener a su cuidado a ningún ser vivo, pienso en todo eso como una plancha ardiendo, arde feliz y hermosa, y el maldito hielo deshaciéndose se parecen a mis lágrimas, las lágrimas que suelto a veces en las noches en las cuales trato de ahogar cualquier señal de

sollozo que sea audible para Alberto; podría querer venir a consolarme, pero yo no quiero que venga, no quiero que se me acerque, no quiero verlo, no quiero volver a sentir sus manos acariciando mi pelaje. Quiero regresar con Javier y Amanda, quiero regresar con mis hermanos y a mi maravillosa vida anterior. Nunca me quejé de ella, siempre agradecí haber formado parte de esa familia, de ese maravilloso par de humanos que me adoptaron como si fuera uno de su propia especie, ahora parece que pago por eso, ¿uno tiene que pagar el amar tanto? Cada minuto que paso en esta maldita casa me hacen querer morirme. Podría dejar de comer, podría dejar de beber agua, pero no puedo, ¿a quién diablos engaño? Cuatro días, sólo cuatro días han bastado para que sienta verdadero odio hacia Alberto, ¡cuatro jodidos días desde que su madre y su hermana vieron a verlo! ¿Así quieres que confíen en ti, malnacido? Explícame cómo esperas dejar de recibir odio de la gente si sólo te dedicas a cagarla. Y pensar que yo estaba de tu lado. Sentí lástima por ti, sentí compasión, sentí pena, no pedía nada a cambio que no fuera una vida decente y tranquila, y esto es lo que obtengo. Me haces odiar, me haces odiarte a ti, me haces odiar a Javier y Amanda, y haces que me odie yo por permitir esto.

Cuatro días después, yo sigo llorando en un rincón oscuro de la sala, mientras él ve porno en su habitación.

(Que no me escuche. Por favor, que no me escuche).

Capítulo 9

Seis días después de la visita de la progenitora y su hija favorita, mi esperanza para un futuro lleno de risas y sonrisas eran otro cubito de hielo extinguido en el aire gracias a una plancha al rojo vivo marca ALBERTO. Cualquier pensamiento positivo pasaba de ser una especulación a mera fantasía. Y ahora que ya sé que los cuentos de hadas no son reales, ni siquiera me tomaba la molestia de intentar fingir ser una buena mascota. La mayor parte del tiempo me la pasaba echado en el piso, contemplando cada maldito rincón vacío en la sala. Jugar a la pelota era cosa del pasado; salir a pasear era un mito. Era un bulto, un bulto solo y deprimido en medio de la sala.

Alberto había salido. Las probabilidades de que tuviera un accidente que lo dejara en coma o por lo menos con una pierna rota eran altas; los accidentes automovilísticos están en su auge en estos días, tantos idiotas al volante, unos más que otros. La idea me causaba cosquillas por dentro. Si Alberto moría, yo, finalmente podría hacerlo a larga, no habría quien me diera comida ni agua, podría morir de hambre y no tendría manera de evitarlo, una muerte lenta pero indolora. La idea hacía que pudieran ponerme un gorrito que dijera "PATÉTICO" en la cabeza y me mandaran a un rincón. Ya estoy en el rincón, ahora falta el gorro. Hasta qué extremo he llegado.

Era de día y Alberto volvió a casa temprano. Me había acostumbrado a los ritmos de su vehículo, era una sinfonía ahogada interpretada por una orquesta sin manos. Su estúpido vehículo necesitaba una afinación. No podía acostumbrarme a sus horarios, dado que no tenía. Inconstante hasta el final.

Abrió la puerta. Lo único que moví fueron mis ojos para ver su rostro, torcido y angustiado. Su lento andar. Caminó hasta el sillón donde se dejó caer. Tenía el celular en la mano. Quizá si rezaba lo suficiente, el accidente automovilístico pasaría algún día, a lo mejor no pasaría pronto, pero hubiera querido alguna señal de que pasaría. De igual forma existían los suicidios. Su vida entera era una jodida estadística de suicidio latente.

(¿Qué opinas, Alberto? Muérete).

Dejó el celular en la mesa y se restregó su grasosa y sucia cara con sus manos.

En cualquier momento, el silencio se haría añicos por el timbre del celular o del teléfono augurando violencia y lenguaje insano. Podría ser su abogado, el cual estoy casi seguro que lo está estafando, o ese tal Rubén (¿su mayate?). Vaya a ser lo que vaya a ser, caerá un yunque sobre la casa, y como de costumbre, compararme como un cero a la izquierda

sería darme valor alguno en determinado caso.

¿Cómo estaba tan seguro de que la rutina no escrita de Alberto acabaría así? Simple. Costumbre. Además, la máscara de palurdo se la pone seguido; la trae cada que vez que la caga en algo, y dado que la traía puesta, deduzco que defecó en una letrina en la que seguramente no debía defecar.

Pensé en las croquetas que no comí y en el agua que me tomé a medias. No iba a enojarse, no iba a hacer nada. Yo todavía no discernía sobre si acabarme la ración que me sirvió o dejarla así, casi inmaculada. Las ganas de comer se me mermaban rápido, pero detestaba comer galletas secas.

Alberto siguió sentado en el sofá, y su aspecto daba la impresión de que no tardaría en desmayarse. Yo seguí siendo un bulto sin vida que se limitaba a girar las córneas. Se restregaba los ojos con fuerza, como tratando de contener el llanto. Pero no quería llorar, no esta vez. Me miró.

-Creo que la cagué, compa – dijo – Creo que la cagué en grande.

(Si pudiera responderte... Reza por que nunca pueda hablar, pendejo).

Clavó los ojos en el piso un momento. Su cerebro debió apagarse porque no dijo nada y no podías encontrar emoción alguna en su rostro. Algunos segundos después, soltó una risa, lo cual me alarmó; era una risa seca, sorda, emitida por breves gemidos. Luego, arrastraba el sonido a través de la garganta. Lo observé.

-Pero valió la pena – dijo -. Un pequeño placer.

Ni siquiera desperdicié tiempo tratando de imaginar lo que hizo. Nunca lo sabría y aunque lo supiera, tampoco estaría de humor para reírme.

Alberto ahora lucía satisfecho. Pareciera ser que las neuronas que todavía le quedaban pudieron hacerle notar que su fechoría ameritaba una entrecortada carcajada.

Se fue de la sala.

Yo seguí imitando a un bulto desparramado.

Capítulo 10

Los milagros parecían poco menos que trucos baratos de Hollywood para poder hacerte llorar, para que los humanos puedan creer que, en la vida, el azar, al final jugará en tu cancha y anotará el gol ganador. Pero no siento que sean algo que puedas tomarte en serio, no son algo en lo que puedas confiar. Las personas lo hacen. La vida debe estar regida por reglas celestiales o interdimensionales que dicten que hoy tu día será especial por una o muchas de las razones que tú esperabas. Y después están aquellos que sólo prefieren llamar a los milagros “pendejadas”. O todo es un milagro o nada es un milagro. Dos anteojos, tú decides cuál usarás por el resto de tu vida.

Para mí, nada era un milagro.

Pero luego, los ángeles llegaron y me demostraron con una fuerte bofetada y haciéndome un gesto obsceno con el dedo de en medio que los milagros son reales y el azar jugó en mi cancha esta vez.

Y anotó.

Alberto seguía resplandeciendo gracias a su ausencia dentro de la casa. Salió en la mañana y ya llevaba casi dos horas solo. Pasaron otros dos días desde la última vez que me sirvió las croquetas, las cuales ya habían adquirido un sabor amargo que entristecía mi hocico y una consistencia poco tranquilizadora para mis colmillos. El agua en el traste correspondiente lucía como un cristal empañado a causa de días de polvo acumulado que decidió alojarse ahí para siempre. Mi lengua y mi paladar no dudaron en recriminarme el sabor acompañado de una sensación pegajosa que los recubrió.

Vagaba como alma rogando por un destino por toda la sala. Quien me hubiera visto, aunque no fuera veterinario, hubiera tardado poco en creer que estaba agonizando. Yo mismo lo creía. Mis extremidades luchaban contra sí mismas para no moverse. Querían morir ya. ¿Esto es real siquiera? ¿Acaso exagero? Lo dudo. Sólo quería una vida decente, una vida próspera, aunque no estuviera llena de hembras humanas, no importa. Cualquier cosa era mejor que esto. No paraba de pensar que quizá deseé demasiado, quizá fue demasiado pedir, quizá había algo de malo en eso. Dios Santo, de pronto creo en ti, por favor, ayúdame.

El sonido de un motor en marcha lenta, casi a punto de dejar de hacer ruido, se escuchó próximo a la casa. Inmediatamente pensé en mi querido amo, aunque dada la hora preferí optar por el beneficio de la duda. Era difícil que regresara tan temprano. En otras circunstancias, hubiera estado feliz, pero dadas mis cartas mal repartidas, no sabía con qué emoción

quedarme.

Cuando la puerta se abrió. El milagro me abofeteó. La mamá y la hermana de Alberto regresaron.

Mis extremidades estaban vivas nuevamente y ya no quería ser un bulto que respiraba. Me puse de pie. Corrí hacia ellas con una energía que creía haber perdido.

-Hola, hermoso – me dijo la hermana mientras me acariciaba la cabeza y el mentón con ambas manos.

Casi tengo una erección cuando sentí la mano de la madre en mi lomo.

-No mames, huele horrible aquí adentro – dijo la señora. Yo ya estaba acostumbrado.

-Ese cabrón con trabajo ha limpiado – le siguió la hermana.

(Nunca lo hizo).

Recuerdo que la casa realmente es de la mujer mayor. Alberto vive en ella provisionalmente (se suponía que lo sabía).

Al ver las expresiones en sus ojos, sólo puedo pensar en que ya se esperaban una escena como esta, y que, a pesar de estar acostumbradas a deleitarse con los hábitos de su compañero de genes fallido, seguían sin acostumbrarse a la decepción que no tardaba en convertirse en asco. La inmaculada sala, invadida por tropas salvajes de polvo y tierra que habían hecho del lugar su nueva casa, lucía opaca.

Las bocas de ambas mujeres estaban torcidas. Yo seguía pegado a la pierna de la hermana.

-Pobrecito hermoso – me dijo la hermana acercando su cabeza a mi frente y acariciando mi pecho –. Te tiene viviendo en un chiquero – hacía pucheros con los labios de nuevo.

El mundo entero se volvió vapor escapando por los infinitos caminos del aire en la atmósfera; ahora sólo contemplaba una suerte que creía no podía pertenecerme. Dos de las mujeres más hermosas del planeta estaban ahí, siendo mi compañía celestial. Alberto, su maldita presencia putrefacta y palurda, no estaba ahí para estropear nada.

La mamá se alejó un momento y fue a la parte trasera de la casa.

-¡Ven a ver esto, Andrea!

La hermana se separó de mí. Obedeció a su madre.

-No me jodas, mamá – dijo, de manera superflua –. Es un puto puerco.

- ¿Cómo permitieron los dueños que este cabrón lo adoptara?

Lo vieron. Lo sabía. Faltaba poco para que lo vieran; la colección de mojones que Alberto guarda en el patio trasero. Y eso que solamente lo han observado, rezo porque sus fosas nasales no deban entrar en contacto con el olor.

Me acerqué a ellas. Lo primero que hice fue restregar mi cabeza repetidas veces sobre la pantorrilla de la madre. Odiaría que pensara que nada más le demuestro amor a su hija. La mujer me miró y me prestó una de sus sonrisas, luego el cariño de su mano sobre mi cráneo me erizó la espalda. Sin contenerme, le lamí los dedos. Quería que fuera mi madre. Sólo por existir y acompañarme aquí y ahora.

-Te vienes con nosotras, cariño – me dijo.

Capítulo 11

Decir que la casa de la mamá y de la hermana era preciosa puede ser una exageración, pero es equiparable al dichoso y venidero Shangri-La en contraposición con mi paradero anterior. Una vivienda de concreto de dos pisos, pintada de una sensación de dulzura color naranja, con ventanas rodeadas de capas de un color blanco, y con unos marcos metálicos vestidos de negro que estuvieron en contacto con las manos de un artesano que amaba su oficio. Justo al lado de una limpia y espaciosa cochera, debajo del cielo, un minúsculo jardín, compuesto por una alfombra de césped y macetas de piedra que resguardan flores vestidas de un sin número de colores.

Ellas bajaron del vehículo primero. Luego, la hermana me abrió la puerta y bajé con la velocidad que creí haber perdido.

-Ven, muchacho, vamos a servirte algo de comer.

Entramos a la casa cuando la madre abrió la puerta. El interior también endulzaba la vista. Voy a envidiar por mucho tiempo los ojos humanos que hayan contemplado esta casa. Una televisión de pantalla grande, sin caja, y con pulgadas de sobra, sillones limpios, un melifluo aroma me da la bienvenida. Colores blancos por doquier.

-Voy a servirle un poco de las albóndigas, mamá, ¿ok? – dijo la hermana mientras iba a la cocina.

-Sale, hija.

-Y voy a guardar un poco para cuando venga, Octavio.

-Ya te había dicho que sí antes de que saliéramos.

Las albóndigas eran deliciosas, sólo una efímera euforia, pero valió la pena, valió cada maldito bocado. La carne se deshacía sin piedad entre mis fauces, y mi lengua y mi paladar concordaban en que las croquetas de Alberto podían irse a la mierda.

Llegó el dichoso Octavio, aquel caballero al que Andrea quería compartirle las albóndigas. No es por querer sonar como un marica, pero el tipo era bien parecido. Su rostro podría remontar tu mente al recuerdo de algún comercial de perfumes, algo bien esculpido; era alto, lo suficiente para que la cabeza de Andrea quedara justo debajo de su cuello al rodearla con sus brazos. Cuando llegó a la casa y le dio un beso prolongado en los labios, deseé ser humano más que nunca. Ella le ofreció de comer. Él dijo

que sí. Me vio dirigiendo mi mirada hacia su persona.

-No sabía que tenías perro – dijo mientras se agachaba para acariciarme con ambas manos por debajo del hocico - ¿Cuándo lo compraron?

-Larga historia – dijo Andrea colocando en la mesa un plato de albóndigas.

Octavio se sentó a comer.

-Están deliciosas.

-Las hice yo – presumió Andrea al sentarse – Nunca las había cocinado, pero me gustó como salieron.

-A mí me encantan. Y dime, ¿Qué pasa con el perrito?

(No te pases de verga)

Andrea tomó aire y lo expulsó de manera breve. Estaba lista para hablar, pero era obvio que prefería no hacerlo.

-El pendejo de mi hermano lo compró la semana anterior. No jodas, Octavio, no podía creer las condiciones en las que estaba el pobre animal.

Octavio no sonreía, se mostraba serio, con los ojos entrecerrados y el entrecejo caído.

- ¿Por qué lo dices? ¿Lo golpeaba o algo por el estilo?

Al decir aquello, pensé que quizá eso hubiera sido lo último que me hubiera faltado para tener mi telenovela completa. No, hermano, el tipo no me golpeaba, sin embargo, sabrás, supongo, que el maltrato viene en diferentes empaques.

-No lo golpeaba, pero es que Alberto siempre ha sido un idiota, un irresponsable. Hubieras visto cómo tenía la casa de mi mamá. Ni barría, ni limpiaba, el baño era un puto asco. Y el jardín trasero estaba lleno de mierda, pero es que no jodas, un mar de mierda. De pura suerte los vecinos no se quejaron. Hasta miedo me daba la idea de abrir el cancel y oler todo eso.

Hubiera querido decirles que encontrarían nada más que náuseas y un reclamo por parte de su estómago. El mío a veces me recriminaba por darle ganas de expulsar las croquetas.

-El agua del perro estaba sucia y las croquetas se sentían secas al

tocarlas. Apestaba la casa, no sé cómo él mismo era capaz de vivir así.

Octavio tenía torcida la boca; posiblemente en un intento de decir “que puto asco” sin abrir la boca. Hablar de mierda durante la hora de la comida puede no ser lo mejor para mantener el apetito latente.

-Yo tenía un amigo – dijo Octavio, dejando el tenedor dentro del plato – que se había ido a vivir solo. Consiguió un departamento, uno muy pequeño, de una pareja de viejitos que alquilan cuartos. Estudiaba y trabajaba. Al llegar a su casa, se limitaba a comer, hacer la tarea y dormir – se llevó otro pedazo de carne a la boca. Yo estaba sentado al lado de Andrea, escuchando a Octavio – Una vez me invitó a jugar X-Box. Fue hace años, yo aún estudiaba en la universidad. En fin, llegué a su departamento y casi me vomito. Olía a comida podrida y a porquería de toda clase. El lugar era un chiquero; uno juraría que entró a un basurero o a un lugar abandonado. Contenía las ganas de vomitar con un esfuerzo casi sobrehumano. Y él como si nada me dijo “hola”. No sé si ya no podía oler o solamente se acostumbró al olor de su propia mierda. Su mente estaba tan distraída en sus cosas que realmente se olvidó de todo lo demás. Yo conozco la clase de gente de la que hablas, Andrea, créeme. Y no es por querer abusar de la confianza, pero considero que era necesario que supieras que te entiendo.

Andrea no dijo nada de momento. Se limitó a mirarlo. No era una mirada de desaprobación o indignación. Más bien diría que, de momento, no se le ocurría qué más decir.

-No sé si te lo dije – continuó Octavio – pero Alberto me pidió una vez quinientos pesos para no sé qué pendejada.

El cuello de Andrea casi se zafa de su lugar cuando se acercó al tipo, luciendo unos ojos grandes y brillantes, atónitos.

- ¿Cuándo pasó eso, Octavio?

-Hace como un mes, poco después del desmadre que tuvo en su divorcio.

- ¿Por qué nunca me dijiste nada? – ahora, Andrea parecía querer recriminárselo.

Octavio habló con toda la calma del mundo, quitándose los restos de grasa de la boca con una servilleta.

-Realmente no puedo decir que tengo problemas con tu hermano. No me pareció la gran cosa. Se los di sin más. Digo, como mi cuñado no oficial, creo que podía tratar de confiar en él. Lo dudé un poco porque me pidió que no les dijera nada, y simplemente lo dejé pasar. Le dije que no tenía que devolvérmelos. Pero me enojé cuando, una semana después, me

pidió mil pesos más.

No es de sorprender. Ya me imaginaba que el asunto iría a parar a un final como ése. Andrea parecía sorprendida más por el hecho de que Alberto escogiera a Octavio para pedirle efectivo; como si quisiera gritar "¡Este pendejo sólo ve de quien colgarse!".

-Te voy a decir una cosa, Octavio – las palabras de Andrea eran acompañadas de una tímida y nada energética sonrisa. – No una, varias, de hecho. Todo lo que te he contado de mi hermano tiene un trasfondo un poco más profundo, y gris.

El hombre entrecerró los ojos.

- ¿Es un agente secreto o algo así?

Con esa simple frase logró sacarle del pecho a Andrea una risita muy tierna. A mí también me hizo reír.

-Deja te lo explico con un poco más de detalle, ¿ok?

Octavio terminó de comer, y juntos, escuchamos a Andrea hablar.

-Mi hermano siempre fue una persona algo lela. Desde niño era así. Nunca fue bueno para la escuela, el estudio nunca fue lo suyo. Estudió una carrera solamente porque mi mamá lo obligó. Trabajaba en una oficina, pero al pendejo lo despidieron - Octavio observaba atentamente, mientras descansaba sus dedos bajo su barbilla – Llegaba tarde seguido. No entregaba a tiempo sus pendientes; cosas así. Era muy desesperante tener que tratar con él, sobretodo porque ya está viejo.

Entonces, Octavio hizo la pregunta que llevaba casi dos semanas atormentándome.

-No pareciera ser la clase de sujeto que consigue a una mujer como Diana.

Andrea torció la boca y negó con la cabeza, mientras soltaba una risita seca y casi inaudible; muy tierna.

-Sí, tienes razón. Diana es hija de una de las amigas de mi mamá. Ella era gordita antes. Mi hermano necesitaba novia urgentemente para que la familia pudiera tener la esperanza, aunque sea falsa, de que ese cabrón iba a traer descendencia. Los presentaron y se gustaron. Alberto no resultó ser mal novio. A Diana parecía agradarle. Fueron pareja por casi cuatro años. Ya a partir de ahí uno comenzaba a notar la diferencia entre

uno y otro.

-¿A qué te refieres?

-Diana quería un futuro. Alberto no sabía qué hacer con su vida. No mames; llegó un punto en que ella le pagaba todo; le compró ropa, le pagó una suscripción en un gimnasio, al cual nunca fue. Y es cuando veías que Diana ya era una mujer distinta; bajó de peso, consiguió empleo en un despacho de arquitectos, y le está yendo bien. Le hubiera ido mejor si no se hubiera embarazado.

-¿Si no se hubiera embarazado? – preguntó Octavio, como si recriminara la frase - ¿O si no se hubiera embarazado de Alberto?

-Quizá lo segundo. Y hasta eso es triste porque el niño no fue planeado. Diana no quería ser madre para entonces. Al final se casaron por el bebé, y ella confiaba en que Alberto cambiaría, pero todo fue peor. Era mal esposo y pésimo padre. Se la pasaba pendejeando en internet y descuidaba al niño. Nunca jugaba con él, nunca trataba de convivir con su hijo. Imagino que simplemente quería la atención que conlleva decir que tuviste un bebé. Pasaron dos años y Diana ya no pudo más. Se hartó. Pidió el divorcio y le dio en la madre a Alberto. Ahora resulta que quiere hacerse el buen padre y está luchando por la custodia de Juan Carlos.

El cachorro humano; aquel núcleo de esta pequeña constelación.

Claro. Diana siguió hablando, pero ya podía deducir fácil las cosas. Sólo tuve en mente cada milímetro existente en aquella casa triste y prácticamente inhabitada a excepción de su alma en pena adentro. Soledad y miseria, impregnadas dentro como pintura e impermeabilizante. ¿Qué digo? Eso ya lo había notado días después de la adopción y yo mismo había tratado de armar el rompecabezas presentado. Pero he aquí las piezas faltantes. Alberto, mal padre. Y la necesidad de hacer creer que no lo era, así como ser un mal dueño y pretender que no lo eres. Alberto le temía a la soledad que se merecía, y por eso decidió comprarme; pero su maldito egoísmo le hacía olvidar las necesidades de los seres que quiere y lo quieren. O que alguna vez lo quisieron.

Juan Carlos representa una versión completa y mejorada de lo que yo representé en su momento. Y por el bien de ese niño, Alberto jamás debe volver a verlo.

-Alberto siempre recibió ayuda de todas partes – declaró Diana.

-Pero él jamás se ayudó a sí mismo – remató Octavio – Nunca tuvo disciplina ni consideración, ¿cierto?

Diana asintió, con suavidad, sin decir palabra alguna, aunque presentando un cansancio que debía estarle corroyendo el alma, porque dejó de sonreír de pronto.

Se quedó callada, mirando cualquier cosa dentro de la casa, pero no a Octavio.

- ¿Qué ocurre, Diana?

Yo también quería preguntárselo.

Pareciera ser la tristeza la que de pronto decidió meterse en la plática.

-Alberto no es mala persona – dijo por fin ella, queriendo decirlo en un tono más elevado, pero sin lograrlo -. No era un mal hermano. Siempre jugaba conmigo, y siempre fue bueno con mi mamá, incluso luego de que mi papá se fuera. Pasó el tiempo y no sé qué fue lo que le ocurrió. El tipo que creció conmigo ya no era mi hermano. Era un perdedor. Era un egoísta. Y creo que ya es tarde para ayudarlo.

Alberto, aquí hay gente que te quiere. Aquí hay gente que te ama. Aquí hay gente que quisiera tener fe en ti.

Y tú... ¿qué es lo que has hecho, Alberto?

Alberto me respondió, pero no exactamente de la forma que yo esperaba.

-¡Mamáááááá! – el grito afuera de la casa interrumpió la plática. Esa voz, ¿cuántas veces no la había escuchado maldecir mil y un veces a través del auricular del teléfono? - ¡Dianaaaaaa!

Ya me encontraba parado, sin siquiera haber notado el momento en el cual adquirí la pose de un tigre acechando a la presa entre el verde vegetal selvático.

Aunque creo que esta vez la presa soy yo.

Diana y Octavio se levantaron mientras sus cabezas se quedaban clavadas en dirección al chillido de afuera.

- ¡Devuélvanme al perro! – gritó de nuevo.

Ambos humanos junto a mí no lucían asustados, simplemente exaltados. Miraban a la ventana que daba a la calle, la cual estaba posicionada detrás

de Octavio, quien se asomó.

No era necesario que lo dijera, pero aun así lo dijo.

-Es tu hermano.

Capítulo 12

Diana dejó claro que olvidó la breve melancolía de hace un momento al mostrar una cara de resignación que también transmitía irritabilidad. Salió de la casa.

La seguí.

Alberto estaba del otro lado de la reja.

Cada emanación de su cuerpo ahora sólo podía sentirse como veneno en el aire. Sus dientes crujirían pronto si no dejaba de apretarlos como lo hacía, y ya ni siquiera se tomaba la molestia de contener las lágrimas, porque ahora tenían el paso libre para recorrer por sus mejillas cuánto quisieran.

- ¡Devuélveme a mi perro!

El sudor bañándolo lo cubría más que la ropa grasienta y sucia que vestía.

Octavio salió.

-Alberto.

- ¡Devuélvanme a mi perro!

Con las manos levantadas, Octavio avanzó hasta la reja.

-Tranquilo, colega.

Diana detuvo a su novio jalándole el hombro.

-Espera – dijo ella, y sentí terror al notar en su voz que la confianza que generaba a aquella mujer fuerte y decidida casi se había desvanecido, porque aquel hombre detrás de la reja ya no era Alberto.

Yo recuerdo a Alberto. Y este tipo furioso no es el mismo.

-Espera, Diana. Voy a hablar con él.

Se soltó y siguió avanzando.

Quedó frente a frente de Alberto, simplemente separándose uno del otro por la reja de metal.

-Alberto, podemos...

Ni Diana ni yo terminamos de escuchar que hablara. Apenas iba a haber oportunidad de negociación. Fue cuando escuchamos una arcada y el sonido que hace aquel al que le comienza a faltar el aire nos preocupamos.

Nos asustamos en serio al ver a Octavio arrodillarse lentamente mientras sostenía con mucha presión su abdomen.

Para ir de mal en peor. La mano derecha de Alberto sostenía un pequeño cuchillo con dientes que recién habían cubierto de sangre.

-Llaman a la policía – dijo Octavio, luchando con su propia voz dentro de su garganta.

Alberto abrió la reja.

Lo veía con un terror que jamás podría saber si experimentaré de nuevo mientras los brazos de Diana me cargaban. Mis patas apenas se dieron cuenta de que se separaron del suelo cuando entró a la casa y cerró la puerta con llave.

-Maldita sea – exclamó.

Fue hasta la cocina y regresó con un cuchillo de carnicero tan grande como un antebrazo mientras sostenía su celular.

Respiraba entrecortadamente y no dejaba de mirar la puerta.

-¿Hola? – dijo, casi llorando.

Parecía ser que nadie contestaba.

Ahora sólo sabía que estaba escondido detrás de un sofá, rogando porque la jodida puerta no se abriera, algo que no sirvió, dado que la perilla comenzó a girar.

La violencia de un hombre desesperado por una compañía, aunque sea por la fuerza, dejó abierta la puerta, completamente permisiva al exterior.

Alberto lucía como el poster de una película de horror.

Chillé, y retrocedí hasta topar con la pared, mientras trataba de entender lo que ese cuchillo dentado en su mano podía hacerme, sabiendo que podía irme peor que Octavio, quien todavía gemía ahí afuera, ejerciendo presión sobre una herida que no dejará de sangrar a menos que un doctor

la atienda.

-Devuélveme a mi perro, pendeja.

Diana se colocó enfrente de mí y sostuvo el cuchillo en alto.

Y ninguno entendía la escena que tenía lugar dentro de esta vivienda, rodeada de un aroma a miel que había dejado de prometer paz, para impregnarse de una peste a frustración e ira.

-Aléjate, Alberto.

-Devuélveme a mi perro, Diana.

-No – dijo ella, con contundencia. – Estás enfermo, Alberto. Estás enfermo y necesitas ayuda.

-No me iré de aquí sin el animal – sólo un silencio y miradas sostenidas una a la otra. Alberto habló – Me quitaron a mi hijo. Mi esposa me dejó. Mamá y tú me abandonaron. No voy a perder a ese perro.

Sin más, sin dejar lugar para otro diálogo, Alberto se abalanzó sobre Diana.

Sólo vi cómo su hermano le arrebató el cuchillo y la golpeó con un puño, estrellando sus nudillos justo en su pómulo.

Diana cayó al piso.

Alberto me miró.

Su sonrisa me decía que podía estar tranquilo porque había venido a rescatarme.

-Vamos, amigo – me dijo, con una paternidad hermosa, aunque efímera.
– Vayamos a casa. Yo te cuidaré. No permitiré que nadie te lastime.

Me extendió su mano, dispuesta a acariciar mi pelaje.

Y esto ya había sido suficiente.

(Golpeaste a Diana, pendejo).

Si trataba de ponerme en su lugar, era seguro que él ya había visualizado mi ser acercando la cabeza para permitirle tocarme, dándole a entender que la felicidad volvía a ser parte de mi vida ahora que su presencia

estaba frente a mí.

Lo que de seguro no vio venir, fue a mi mandíbula empuñando unos colmillos fuertes y firmes que le estaban mordiendo la mano.

Alberto gritó.

- ¡Maldita sea! ¡Qué haces!

Sentía la dureza de su mano pasando por mi hocico debido a la presión. Un repentino y ahora dulce sabor a hierro comienza a hacer que mi sistema nervioso arda. Y me agrada.

- ¡Déjame!

Jalaba el brazo para poder librarse de mis dientes, pero sólo era peor para él, porque no iba a dejar que el hijo de puta se fuera creyendo que ahora las cosa volverían a ser como antes, porque no lo serían.

Mordí con más fuerza, y mis colmillos inferiores y superiores ya podían sentirse mutuamente mientras atravesaban un canal entre la carne sanguinolenta de Alberto que clamaría por piedad con fuerza que él de poder hacerlo.

- ¡Por favor, noooooooooo! – ahora se pone de rodillas mientras se imagina quizá como luciría su mano de tener que amputar el pedazo que tendrán que cortarle una vez que lo suelte.

Suplicaba, hincado en el piso, soltando el cuchillo para poder jalar su torturada muñeca a la cual apenas le quedaban nervios para sentir dolor.

- ¡Suéltame, noooooooooo!

(Lo soltaré, jefe, lo soltaré).

Y lo hice, lo solté.

Y me di un breve descanso para poder verlo llorar, para poder contemplar como su mano sangraba sin parar, temblando, suplicando por una curación que le permitiera volver a sentir los dedos, los cuales bailaban al ritmo del dolor que punzaba la palma enguantada de varios tonos de color rojo.

- ¡Puto animal!

(Puto, tú, culero).

Le mordí el estómago, para que acompañara a Octavio en su misma penitencia, y otro alarido salió de su boca que ofende mujeres.

Dejé su grasa abdominal sangrar bonito y que viera mi hocico con su propio jugo chorreando entre mis fauces.

Me miró.

Sus ojos.

Lucían suplicantes. Tanta furia que se había acumulado desapareció de pronto para ver aquellos ojitos de gato callejero, tratando de entender porque carecía de algo que obviamente no merecía.

Presumo mis dientes hambrientos. No sé qué hacer ahora. Sólo veo al hombre que, sin saberlo, me atormentó por días, que me exigía amor y lealtad sin ser capaz de brindarme un trato reciproco.

Aquel hombre que le dio a un niño pequeño un trato muy similar al mío.

Me fui sobre él para poder arrancarle cara a mordidas, pero se protegió con su brazo que tenía una mano recién dañada.

Lo muerdo tan fuerte como puedo, lo muerdo tan fuerte como quiero.

Su antebrazo que juega a ser un escudo es más duro y más carnoso, y no tardó en sentir el hueso, el cual podría tomarme todo el tiempo del mundo para destrozar a mordidas.

Antes de seguir ejerciendo fuerza como me lo he propuesto. Una punzada electrizante rompe una de mis costillas, y el dolor repentino se reparte por todo mi cuerpo hasta que tengo que soltar el antebrazo.

Chillo con fuerza.

La mano sana de Alberto luce su minúsculo cuchillo dentado cubierto ahora con mi sangre.

El dolor me insiste en que es intenso, que se quedará, que será parte de mí y de mi posible final aquí.

Pero antes de que llegué, visualizó mi objetivo con la pasión que posee la mira del rifle de un francotirador.

-Maldito perro. – me dice, llorando.

Le ladro y lo maldigo.

Lo embestí.

Su cuchillo perforó el centro de mi estómago. Sentía la mordida del filo al mismo tiempo que Alberto vio mis colmillos clavarse en su cuello.

Ninguno hizo un solo ruido. Nos sostuvimos tanto como pudimos.

Mi estómago trataba de entender a la hoja dentada torturándolo, y el cuello de Alberto permitía que la sangre recorriendo sus alrededores saliera expulsada con la facilidad del vomito siendo lanzado del cuerpo de un ebrio.

Un charco rojo se forma justo debajo de nosotros.

La fuerza en la mano de Alberto, la fuerza que perforó mi panza, ha desaparecido; se siente ligera, carente de vida.

Mi amo ya no se mueve.

No hace ruidos.

Está quieto.

Y jamás lastimará a nadie.

Lo solté y fui hasta Diana, quien todavía estaba inconsciente, aunque recobraba el sentido poco a poco.

Me recosté cerca de ella, viendo un mundo que giraba sin parar, con una dirección ausente, tambaleando todo el ambiente a mi alrededor.

Mi cuerpo ya no pesaba. Una neblina gruesa, impenetrable, cubría mis ojos, una neblina cruel que quería que todo desapareciera para mí, para poder tragarme.

Siento el cuchillo en el abdomen.

Siento mi costilla perforada ahora que la adrenalina se ha ido.

Otro charco de sangre se extiende bajo mi peso, manchando el suelo de rojo brillante.

Ahora, el sonido me abandona mientras inhalo una última vez la miel en el aire de esta casa hermosa.

Veó a Diana ahora de pie, con el pómulo hinchado.

Me mira, con lágrimas.

Y yo la veo y no sé si podré verla de nuevo.

El mundo se va, posiblemente para siempre.

No lo sé.

No sé qué pasará.

Juan Carlos. Se feliz.

Te deseo lo mejor.

Diana se queda a mi lado, sosteniendo el teléfono y gritando, implorando ayuda a quien sea que esté escuchando al otro lado de la línea.

Me duermo.

Espero que el día nazca mañana.

Samuel. Amanda.

Los quiero.

FIN